

to quirúrgico cuando llegó una ambulancia con la cuota de los toros de Plaza Viquez. Continuamos de guardia toda la noche y el dos de enero seguimos de frente, pues ya habían terminado su internado algunos y no habían llegado los nuevos.

Aquella generación fue enriqueciéndose con la llegada de nuevos médicos, todos procedentes del exterior: Carlos Aguilar Alfaro, Rodrigo Cordero Zúñiga, Memo Guillén, Manuel Emilio Chavarría, Luis Acevedo, Abelardo Brenes, Humberto Araya y muchos más, la mayoría formados en México. Araya era pediatra y con marcado acento mexicano le preguntaba a las madres que llegaban a admisión con su niño enfermo: ¿y cuántos biberones le da al nene? ¡Claro, que no le entendían!

Poco tiempo después llegó la segunda camada, la de los graduados en Nueva Orleans: Tony Facio, Miguel Dejuk, José Luis Orlich y Mario Gamboa. Miguel, que se había criado en Limón, había perfeccionado su inglés regional con el acento del Sur y era el idolo de los negros que llegaban enfermos de "La Línea" en el tren de las cuatro y Miguelito escribía: "Patient's chief complaint is 'pien'". Vino luego la tercera camada, la de los italianos que se habían quedado atrapados por la Guerra. El primero que apareció fue Toño Portugués, que enriqueció nuestra nosología con "il morbo di Cotugno"; luego aparecieron Calvosa, Macho Estrada, Otto Jiménez y Fernando Escalante. Todos hicimos muy buenas migas. Formados en diferentes escuelas y culturas, fue el Hospital San Juan de Dios el crisol que nos unió y también al final del internado, nos distribuyó en sus diversos servicios, con los jefes de aquella época, maestros consumados de un valor humano y profesional extraordinario que habían muchos de ellos fundado la escuela médica de San Juan de Dios: Peña Chavarría, Chalito Cubero, Jorge Vega, Carlos Sáenz Herrera, Carlos Luis Valverde, Ricardo Marchena, Oscar Martínez, Mariano Salazar, German Naranjo, Pedro Hurtado Peña, Marcial Fallas, Alexis Agüero, Fernando Pinto, Julio César Ovarés, Enrique Berrocal, Eugenio García Carrillo, Enrique Aguilar y muchos más. Cada uno a su manera fueron todos magníficos. Siempre recuerdo con afecto a Carlos Luis Valverde quien al término del internado me detuvo en uno de los corredores del Hospital y me dijo: "¡Vesalio, quiero que te vengas conmigo al Durán! Me vi en una situación emocional muy delicada, pues el Doctor Jorge Vega, la víspera, me había pedido que fuera miembro de su servicio Barrionuevo y yo le había aceptado con gran júbilo. Cuando lleno de pena le manifesté al Dr. Valverde que le agradecía su gran deferencia pero que ya me había comprometido con el Dr. Vega, me dijo: '¡qué lástima, Vega se me adelantó, pero te quiero decir que mi Servicio siempre estará abierto para vos!'. Muchos años después, cuando llegué a ser jefe de ese Servicio, recordé a Carlos Luis, su antiguo jefe y aquellas palabras afectuosas y de ayuda para un colega joven. Con Jorge Vega me formé y siempre me he ufano de ser de su escuela quirúrgica, una de las más vigorosas que ha tenido Costa Rica. Así ocurrió también con los compañeros que se afiliaron a

los otros servicios médicos y quirúrgicos del Hospital y fueron luego ascendiendo en la escala de valores de la medicina nacional en los diversos hospitales del país.

El internado es la escuela en que el estudiante, habiendo terminado sus estudios, sale como del capullo, con tiernas alas con las que comienza a volar. Hay que ayudarlo a levantar el vuelo y mantenerle en él. Si alguna vez se necesita un mentor aquí, en que la dimensión hipocrática del maestro adquiere su plena medida frente a un pupilo que busca dirección, ejemplo y consejo. En Peña Chavarría, el director severo, tuvimos el maestro del orden, de la disciplina y la rectitud. Noche tras noche visitaba el Hospital, como si no hubiera sido suficiente todo el día dirigiendo la inmensa institución. No faltaba hacia las ocho de la noche, cuando pasaba por admisión, su pregunta a cada uno de nosotros: ¿Hay algo especial? Por supuesto que lo había, pues no faltaba algún problema administrativo médico que no podíamos resolver. Una noche lo metimos en un lío pues estábamos discutiendo entre los internos si el gran abdomen de una señora era un embarazo con hidramnios o un quiste gigante del ovario o una ascitis. Le pedimos consejo, examinó detenidamente a la paciente y quedó en las mismas que nosotros. Quien resolvió el problema fue la doctora Marietta Rimola. Pasando de casualidad y sin entrar siquiera por el cuarto de exámenes, se asomó y nos dijo a secas: ¡eso es una retención de orina, Catetericenta!; así procedimos y a la paciente le desapareció el gigantesco abdomen y todos aprendimos algo más esa noche.

Lo más emocionante era para quienes teníamos inclinaciones quirúrgicas, aquel acto de confianza y desprendimiento de un cirujano mayor hacia el muchacho que le había asistido bien muchas veces a operar y que un día, así de sorpresa, le "cedía el bisturí" como se decía entonces. Comenzábamos a cortar y aligar vasos y luego a tratar de encontrar el apéndice que no aparecía y ya cuando nos dábamos por vencidos, con una maniobra certera del maestro, brotaba como por arte de magia, allí facilitó, para que lo exteirpáramos y pudiéramos decir luego: ¡hoy hice mi primer apéndice! Esos maestros no percibían sueldo o era éste apenas una suma simbólica.

En los templos de Esculapio estudiaban en Grecia los médicos de la antigüedad y en las Universidades estudian los de hoy. Pero es el Hospital a la par del enfermo, siguiendo el ejemplo de los médicos formados, como se hace el clínico y en unión y camaradería entre unos y otros como se proyectan las generaciones del futuro. ¡Feliz Año Nuevo, jóvenes Internos!

10. de enero de 1982.

NECESITAMOS UN CAMBIO DE NUESTRA MEDICINA ACTUAL

El Señor Presidente Ejecutivo, el Señor Gerente y demás altos personeros de la Caja Costarricense de Seguro Social, han advertido al país de la muy difícil situación económica por la que atraviesa la institución. Es un gesto de honradez y valentía que los enaltece. En su últi-

ma declaración a la prensa, el Dr. Fernández Salas hasta mencionó, como última posibilidad, la de devolver el Hospital San Juan de Dios a la Junta de Protección Social de San José. La Seguridad Social, que los políticos han interpretado a su antojo, no es solo aquella que puede agarrarse como un manojo de flores frescas por su tallo indefinidamente. Necesitan agua, aire pero sobre todo que se les suelte la garra para que circule su savia. El Estado ha demostrado siempre ser mal administrador. Soy partidario de ciertos monopolios estatales en relación con la seguridad de los ciudadanos y la salud colectiva: la electricidad, los acueductos y algunos otros. Pero son materias y problemas físicos e impersonales; no así ocurre con la gente. La Seguridad Social a cargo del Estado ha fracasado en algunos países por muchas razones. La burocracia, ese pulpo moderno que carcome las entrañas de las instituciones públicas. El establecimiento del patrono único a los profesionales libres, cuyo más importante fundamento en el ejercicio de su profesión siempre ha sido la relación médico-paciente y familia-médico y que ahora desaparece ese aliciente. La medicina socializada al estilo que aquí se practica al menos en las consultas externas es impersonal, individual, sin reciprocidad. El médico ha perdido sentido, no conoce a su paciente, le da lo mismo uno que otro y el paciente ya se ha acostumbrado a ver un médico diferente en cada cita. Esta es pues, una mala medicina porque ha desaparecido la relación médico-paciente y la relación médico familia. No hay afecto, no hay estimación recíproca.

Tenemos que ayudar a reorientar a la Caja y creo que el momento es oportuno para establecer la prestación de servicios médicos en forma compartida, medicina mixta o en asociación entre la Caja y los médicos. Un sistema en que la Caja contribuye con los medicamentos y exámenes y el médico cobre por su consulta. Esto puede significar un porcentaje muy grande de asegurados, nadie sabe cuántos, que pueden pagar servicios privados. La otra gran parte, la mayor, será aquella que tenga que continuar consultando mediante el sistema actual, pero más desahogado, menos presionado. Así creo que podrá darse curso a una muy importante atención mixta, paciente mejor atendido y médico con más alicientes. La Caja sí podrá entonces acercarse al paciente, a los familiares, a las comunidades. Habría visitas en las casas, volverá el calor y la amistad del médico de familia. Volverán a sentirse el asegurado y el médico como seres humanos, como parte de la Seguridad Social y no instrumentos de una Seguridad Social desorientada.

ANATOMIA Y ESPANTOS

Fue la segunda casa de pensión que habité como estudiante recién llegado en aquel otoño, para iniciar los estudios de medicina. Me acomodé en una habitación estrecha y larga cuya ventana daba a la calle. Era una casa muy antigua, en la ciudad intramuros. Mas de cuarenta años después, cuando tengo que pensar, hablar o leer sobre alguno de los huesos del cráneo, pienso en aquella mal aireada habitación de 72, rue St. Louis. Allí, con la

ayuda del diccionario, comencé a descifrar el esfenoideas y los vericuetos de la porción petrosa del hueso temporal. ¡Cómo asocio también esos huesos al olor del fenol! Cuando finalmente agotado me tumbé en la cama, ésta olía o mejor dicho hedía a penetrante antiséptico que no me dejaba dormir. Retiré la ropa de cama y revisé almohada y colchón que oían universalmente a ácido fénico. Una semana después contaba a un compañero irlandés del curioso olor de aquel cuarto. ¡Cómo, me dijo, mirándome boquiabierto, pudiste meterte en esa casa! En ese cuarto murió un hombre y allí espantan! ¡Te vienes ya a la casa donde vivo, que tienen un cuarto desocupado! Esa misma tarde me trasladé. El olor a fenol siguió persiguiéndome de compañero durante el año de disección anatómica en la Facultad de Medicina.

No ha mucho al pasar frente a esa casa recordé aquella semana de insomnio y los huesos del cráneo de mis mocedades. El número 72 destacaba en el dintel de su puerta, pero no me detuve. En la noche, cosa curiosa no podía dejar de pensar en aquella casa y algo me decía que contiguo a la puerta había una placa conmemorativa, pero no estaba seguro. ¡Yo no la había visto nunca! En las sesiones del Congreso a que asistía, en su último día volvieron la imagen de aquella casa y la placa conmemorativa, idea que trataba de desechar en vano. Decidí entonces comprobarlo y me dirigí a la casa. No había duda y en la placa, colocada recientemente decía: "Aquí fué traído el General Montgomery, muerto en la Basse Ville de Quebec el 31 de diciembre de 1775. Aquí, en la casa de Jean Gaubert, fue colocado en un ataúd antes de ser inhumado".

El General Richard Montgomery (1736-1775) que por cierto casó con una hija de Robert Livingston, fue enviado junto con Schuyler por el Primer Congreso Continental reunido en Filadelfia, a tomar el Canadá. Muerto Schuyler correspondió a Montgomery dirigir el ejército. Después de tomar Montreal y Trois Rivières, Montgomery se une al ejército del General Benedict Arnold en las Llanuras de Abraham y juntos sitian la Ciudad de Quebec, defendida por tres mil quinientos regulares del ejército británico y ciento cincuenta piezas de artillería. Montgomery muere a poco de iniciada la batalla, en la ciudad baja de Quebec al pie de las murallas, el 31 de diciembre de 1775 y el Ejército Continental se retira derrotado. Recogido su cuerpo por las tropas inglesas fue llevado por la guarnición militar a la casa de Jean Gaubert, señor distinguido de la ciudad en donde se preparó su cuerpo para ser luego enterrado con los honores militares correspondientes a su rango. Sus restos fueron trasladados en 1818 por disposición del Congreso y sepultados definitivamente en la Iglesia de San Pablo en la ciudad de Nueva York.

¡Si alguna parte de la anatomía aun recuerdo bien es la de los huesos del cráneo; el olor a fenol aún me repugna y desde que me enteré de la historia de aquella casa de pensión siento que a veces los espantos pueden ser reales, como el de aquella habitación de 72, rue St. Louis de Quebec!